

**Camilla
Läckberg**

Las huellas imborrables

Por la autora de *La princesa de hielo*

Traducción:

CARMEN MONTES CANO



MAEVA

Título original:
TYSKUNGEN

Diseño de portada:

Fotografía de la autora:

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© CAMILLA LÄCKBERG, 2007
© de la traducción: CARMEN MONTES CANO, 2011
© MAEVA EDICIONES, 2011
Benito Castro, 6
28028 MADRID
emaeva@maeva.es
www.maeva.es

ISBN: 978-84-15120-29-2
Depósito legal:

Fotomecánica: Gráficas 4, S.A.
Impresión y encuadernación:
Impreso en España / Printed in Spain



La madera utilizada para elaborar las páginas de este libro procede de bosques sujetos a un programa de gestión sostenible. Certificado por SGS según N.º: SGS-PEFC/COC-0634.

Para Wille y Meja

Tan sólo el ruido de las moscas se oía en la quietud de la habitación. El zumbido que provocaba el batir frenético de sus alas. El hombre que estaba en la silla no se movía. Llevaba tiempo sin moverse. Por lo demás, ya no era un hombre. Al menos no si con ello se pensaba en un ser vivo, capaz de respirar y sentir. Había quedado reducido a materia nutriente. Un receptáculo para insectos y larvas.

Las moscas revoloteaban en manadas en torno a aquella figura inerte. A veces aterrizaban. Ponían a trabajar las trompas. Luego volvían a alzar el vuelo. Zumbaban danzando. Buscaban un nuevo lugar en el que posarse. Iban probando. Chocaban unas con otras. La zona circundante de la herida que el hombre presentaba en la cabeza despertaba en ellas particular interés. El olor metálico de la sangre se había esfumado hacía tiempo y otro más mohoso y dulzón lo había reemplazado.

La sangre se había coagulado. Al principio fue fluyendo hacia abajo. A lo largo de la nuca. Por el respaldo de la silla. Hasta llegar al suelo, donde finalmente se había detenido formando un pequeño charco. En un primer momento aparecía roja, llena de glóbulos rojos vivos. Ahora, en cambio, había adquirido un tono negruzco. No podía ya reconocerse en el charco ese fluido pastoso que corre por las venas de un ser humano. Ya no era más que una masa pegajosa y renegrida.

Algunas de las moscas intentaban salir de allí. Se habían saciado. Estaban satisfechas. Habían puesto sus huevos. Habían usado bien las trompas succionadoras y estaban ahítas; habían

aplacado el hambre. Y ahora querían salir. Aleteaban contra los cristales. Intentaban en vano abrirse paso a través de la barrera invisible. Sonaban como un leve repiqueteo al golpear el cristal. Tarde o temprano acababan rindiéndose. Volvían a sentir hambre. Buscaban de nuevo aquello que fue un hombre en su día. El mismo que ya no era más que carne muerta.

Erica se había pasado el verano entero dándole vueltas a algo que ocupaba su pensamiento a todas horas. Sopesando ventajas e inconvenientes y pensando en subir. Pero nunca llegaba más allá de la escalera que llevaba al desván. Habría podido achacarlo al trasiego de los últimos meses. A las secuelas de la boda, al caos que reinaba en casa mientras Anna y los niños aún vivían con ellos. Sin embargo, esa no era toda la verdad. Tenía miedo, sencillamente. Miedo de lo que pudiera encontrar. Miedo de empezar a hurgar en algo que hiciera aflorar a la superficie cosas que habría preferido seguir ignorando.

Sabía que Patrik había estado a punto de preguntarle varias veces. Notaba que sentía deseos de preguntarle por qué no quería leer los libros que habían encontrado en el desván. Pero no se lo había preguntado. Y ella tampoco habría sabido qué respuesta darle. Lo que más le asustaba era la sospecha de que debería cambiar su percepción de la realidad. La imagen que se hacía de su madre, de quién era y de cómo había tratado a sus hijas no era particularmente positiva. Pero era la que tenía. Y le resultaba muy familiar. Era una imagen que había permanecido tal cual a lo largo de los años, como una verdad inquebrantable en la que basarse. Tal vez se confirmara. Tal vez incluso se reforzara. Pero... ¿y si los libros la desmentían? ¿Si se viera obligada a organizar su vida según otra verdad? Hasta aquel día no había reunido el valor suficiente para dar el paso necesario.

Erica puso el pie en el primer peldaño de la escalera. Abajo, en la sala de estar, se oía la alegre risa de Maja jugando con Patrik. Era un sonido tranquilizador, y Erica subió otro escalón. Cinco escalones más y ya estaba arriba.

Una nube de polvo se arremolinó en el aire cuando abrió la pequeña puerta y pisó el suelo del desván. Patrik y ella habían hablado de acondicionarlo en el futuro, quizá como refugio para Maja, cuando la pequeña hubiese crecido y necesitara cierta independencia. Pero por ahora no era más que un desván puro y duro, con gruesos listones de madera en el suelo y techo abuhardillado de vigas vistas. Estaba repleto de trastos. Adornos de Navidad, ropa que le había quedado pequeña a Maja, varias cajas llenas de cachivaches demasiado feos para tenerlos a la vista, pero demasiado bonitos y cargados de recuerdos para desecharlos.

El arca estaba al fondo, contra una pared. Era un modelo antiguo, de madera y herrajes de chapa. Erica tenía entendido que los llamaban «cofres de América». Se acercó y se sentó al lado, en el suelo. Pasó la mano por el arca. Respiró hondo, tiró de la cerradura y levantó la tapa. Un olor rancio le golpeó la cara y Erica arrugó la nariz con desagrado. Se preguntaba qué era lo que originaba ese aroma tan peculiar y denso de lo viejo. Seguramente el moho, se dijo, al tiempo que sentía un picor en la cabeza.

Aún recordaba la sensación que tuvo cuando Patrik y ella encontraron el baúl y revisaron su contenido. Muy despacio, fue sacando una cosa tras otra. Los dibujos que Anna y ella habían hecho de pequeñas. Pequeños objetos que habían realizado en trabajos manuales. Guardados por Elsy, su madre, la misma que nunca pareció interesarse cuando ellas le llevaban ansiosas aquello que con tanto esfuerzo habían hecho con sus propias manos. Erica hizo lo mismo que aquel día con Patrik. Fue sacando las cosas una a una y colocándolas en el suelo. Lo que en verdad buscaba se hallaba en el fondo del arca. Tocó con mucho mimo el trozo de tela que ya rozaba con los dedos. La camisita, que fue blanca en su día, se veía ahora amarillenta a la luz debido al paso de los años. Pero si de algo no podía apartar la vista era de aquellas manchas color ocre. En un primer momento pensó que serían de óxido, pero luego comprendió que debía de tratarse de sangre reseca. Había algo desgarrador en

el contraste entre la prenda de bebé y las manchas de sangre que la cubrían. ¿Cómo habría llegado allí la camisa? ¿A quién habría pertenecido? ¿Y por qué la habría guardado su madre?

Erica la dejó con cuidado en el suelo. Cuando Patrik y ella la encontraron, había un objeto envuelto en la camisa, pero ya no estaba en el baúl. Era lo único que había sacado de allí. Lo que aquella camisa de bebé ajada y sucia había protegido todos esos años era una medalla nazi. Las sensaciones que provocó en ella la visión de tal objeto la dejaron atónita. El corazón empezó a latirle más rápido, se le secó la boca y por su retina desfilaron imágenes de todos los programas y documentales sobre la Segunda Guerra Mundial que había visto en su vida. ¿Qué hacía una medalla nazi allí, en Fjällbacka? ¿Y en su casa? ¿Entre las pertenencias de su madre? Le pareció absurdo. Le habría gustado dejar de nuevo la medalla en el arca y cerrarla con llave, pero Patrik insistió en que se la encomendasen a un experto, para ver si podían averiguar algo más. Ella accedió de mala gana. Era como si oyese en su interior voces susurrantes, agoreras, murmullos de alerta. Algo le decía que debería esconder la medalla y olvidarla. Pero la curiosidad se impuso a las voces. A primeros de junio, le entregó la medalla a un buen conocedor de la historia de la Segunda Guerra Mundial y, con un poco de suerte, pronto conocerían algún dato sobre su origen.

Pese a todo, lo que más interés despertó en Erica de todo cuanto había en el arca fue lo que sacaron del fondo. Cuatro blocs de notas de color azul. Reconoció en la portada la letra de su madre. Aquella letra elegante, inclinada a la derecha, aunque en una versión más joven, más redondeada. Erica los sacó del arca, pasó el índice por la portada del primero. «Diario», se leía en todos ellos. Aquella palabra suscitó en ella sentimientos de diversa naturaleza. Curiosidad, expectación, ansia de leerlos. Pero también miedo, vacilación y una intensa sensación de estar invadiendo la esfera privada de otra persona. ¿Tenía derecho a enterarse de los pensamientos y sentimientos más recónditos de su madre? Por su naturaleza, un diario no está destinado a ser

leído por otra persona. Su madre no los escribió para que otros leyeran su contenido. Quizá incluso estuviese totalmente en contra de que su hija los leyese. Pero Elsy estaba muerta, y Erica no podía preguntarle. Tendría que tomar una decisión sin consultar a nadie y resolver qué hacer con ellos.

—¿Erica? —La voz de Patrik vino a interrumpir sus pensamientos. Erica le respondió:

—¿Sí?

—¡Ya llegan los invitados!

Erica miró el reloj. ¡Vaya, ya habían dado las tres! Maja cumplía un año y esperaban a la familia y a los amigos más íntimos. Patrik pensaría que se había dormido allí arriba...

—¡Ya bajo! —gritó mientras se sacudía el polvo. Tras un instante de vacilación, cogió los diarios y la camisita y bajó la empinada escalera del desván. Abajo se oía un murmullo de voces.

—¡Bienvenidos! —Patrik se hizo a un lado para dar paso a los invitados. Eran Johan y Elisabeth, una pareja que habían conocido por Maja, pues tenían un hijo de la misma edad. Un niño que quería a Maja con una intensidad poco habitual. A veces, no obstante, su cortejo resultaba demasiado violento. Por ejemplo, nada más entrar, William se lanzó como un *bulldozer* en cuanto vio a Maja y le hizo un placaje con habilidad digna de cualquier jugador de la Liga Nacional de Hockey. Curiosamente, la pequeña no pareció apreciar demasiado la maniobra, de modo que los mayores tuvieron que apresurarse a separar a William, radiante de alegría, de Maja, que no dejaba de chillar.

—Eh, muchacho, eso no se hace. ¡Hay que ser más delicado con las chicas! —Johan reprendió a su hijo con la mirada mientras que, con todas sus fuerzas, evitaba que su vástago enamorado emprendiese un nuevo asalto.

—Pues a mí me parece que tiene más o menos la misma forma de ligar que tenías tú —rio Elisabeth, que recibió una mirada ofendida de su marido por respuesta.

—Venga, cariño, que no ha sido para tanto. Vamos, arriba. —Patrik cogió en brazos a su hija, que no paraba de llorar, y la abrazó hasta que el llanto se convirtió en leves sollozos; la animó a empujoncitos a acercarse de nuevo a William—. ¡Mira lo que te ha traído William! ¡Un regalo!

Aquella palabra mágica surtió el efecto previsto. Con seriedad y solemnidad visibles, William le entregó a Maja el paquete envuelto con hermosas cintas. Ninguno de los dos dominaba aún del todo la técnica para caminar, y las dificultades para mantener en orden los pies y, al mismo tiempo, entregar el paquete, hicieron que William se cayese sentado. Sin embargo, al ver la cara de Maja, resplandeciente de alegría ante la contemplación del paquete, pareció olvidar su dolor. Claro que el mullido relleno del pañal también tuvo algo que ver.

«Iiiii», exclamó Maja con entusiasmo al tiempo que tiraba de las cintas. Aunque más o menos dos segundos después su semblante empezó a adoptar una expresión de frustración y Patrik se apresuró a prestarle ayuda. Una vez que, aunando esfuerzos, lograron abrir el envoltorio, Maja extrajo jubilosa un elefante gris muy blandito: el éxito fue inmediato. Lo apretó contra el pecho, abrazó el dócil cuerpo del animal y dio un pequeño zapatazo en el suelo, lo que provocó que también ella cayera de golpe sobre el trasero. Los intentos de William por acariciar el peluche dieron lugar a un mohín de disgusto acompañado de un lenguaje corporal inequívoco por parte de Maja. Al parecer, su pequeño admirador se tomó aquello como una invitación a que incrementara su esfuerzo, y los padres de ambos intuyeron que aquello acabaría en conflicto.

—Yo creo que es hora de tomar algo —observó Patrik. Cogió a Maja y entró en la sala de estar. William y sus padres lo siguieron y, en cuanto dejaron al pequeño delante de la primera caja de juguetes, se restableció la paz. Al menos temporalmente.

—¡Hombre, hola! —Erica bajó la escalera, se acercó y saludó a los invitados. A William le dio una palmadita en la cabeza.

—¿Quién quiere café? —resonó desde la cocina la voz de Patrik, quien oyó tres «yoooo» por respuesta.

—Bueno, dime, ¿qué tal la vida de casada? —preguntó Johan con una sonrisa, echando el brazo por encima del hombro de Elisabeth.

—Pues mira, te diré que más o menos como siempre. Aparte de que Patrik se empeña en llamarme todo el rato «la parienta». ¿Alguna idea sobre cómo conseguir que lo deje? —Erica se volvió a Elisabeth con un guiño.

—Bah, no hay otra solución que rendirse. Dentro de poco, «la parienta» se convertirá en «el gobierno», así que no te quejes. Por cierto, ¿dónde está Anna?

—Está en casa de Dan. Ya han empezado a vivir juntos... —explicó Erica enarcando una ceja.

—Vaya, hasta ese punto... ¡qué rapidez! —También Elisabeth enarcó las cejas. Sólo los chismorreos tenían a menudo ese efecto.

Un timbre interrumpió la conversación y Erica se levantó de un salto.

—Seguro que son ellos. O Kristina. —Pronunció ese nombre como si hubiese ido intercalando cubitos de hielo entre las sílabas. Desde que Patrik y ella se casaron, la relación entre las dos había ido enfriándose cada vez más. Y ello se debía principalmente a la actitud casi maníaca de Kristina en su campaña por convencer a Patrik de que no era correcto que un hombre que aspiraba a hacer carrera se tomase cuatro meses de baja paternal. Sin embargo, y para disgusto de su madre, Patrik no había cedido ni una pulgada, al contrario, él mismo había insistido en hacerse cargo de Maja en los meses de otoño.

—¡Hola...! ¿Alguna niña que cumpla años por aquí? —La voz de Anna llegó desde el vestíbulo. Erica no podía evitar estremecerse de satisfacción cada vez que oía el tono jovial de su hermana pequeña. Había estado ausente tantos años... Pero ahora lo había recuperado. Anna sonaba segura y feliz y enamorada.

Al principio le preocupaba que Erica tuviese algo en contra de que ella iniciase una relación con Dan, precisamente. Pero

Erica la tranquilizó y le explicó entre risas que hacía una eternidad, toda una vida, que Dan y ella fueron pareja y, aunque le hubiese producido una sensación extraña, habría valido la pena, sólo por ver de nuevo feliz a Ana.

—¿Dónde está mi chica favorita? —Era Dan, rubio, alto y bullicioso, quien preguntaba buscando a Maja con la vista. Dan y Maja mantenían una singular relación de amor, y la pequeña se le acercó a trompicones y extendió los brazos al oír su voz.

—¿Lalo? —preguntó Maja inquisitiva, pues ya había comenzado a desentrañar el concepto de «cumpleaños».

—Por supuesto que te traemos un regalo, cariño —dijo Dan señalando a Anna, que le dio a la pequeña un gran paquete rosa con lazos plateados. Maja se deshizo manoteando del abrazo de Dan y retomó la frustrante tarea de acceder al contenido del paquete. Lo consiguió en esta ocasión con la ayuda de Erica, y ambas sacaron de la caja una gran muñeca que cerraba los ojos.

—Queca —constató Maja feliz abrazando amorosa también aquel regalo. Acto seguido, puso rumbo al lugar donde se encontraba William, con la intención de mostrarle el último tesoro adquirido y, por si acaso, repitió la palabra «queca» mientras le enseñaba a su amigo aquel preciado objeto.

Volvió a sonar el timbre y, un segundo después, entró Kristina. Erica notó que empezaban a rechinarle los dientes. Detestaba con toda su alma aquella costumbre de su suegra de dar un timbrazo breve y simbólico antes de entrar sin más preámbulo.

El proceso de apertura del paquete se repitió una vez más, aunque en esta ocasión sin el éxito final. Maja observó meditabunda los jerséis que había en el paquete, escudriñó una vez más en el interior de la caja, para asegurarse de que verdaderamente no contenía ningún juguete, y miró luego a su abuela con los ojos como platos.

—La última vez que estuve aquí vi que tenía un jersey que le quedaba pequeño, y como en Lindex anunciaron una campaña de tres por el precio de dos, fui a comprárselos. Seguro

que le vienen bien –Kristina sonrió ufana, impertérrita ante la decepción que traslucía la expresión de Maja.

Erica dominó su deseo de explicarle lo absurdo que le parecía comprarle ropa a una niña de un año por su cumpleaños. Y no sólo había decepcionado a Maja, sino que, además, se las había arreglado para lanzar una de sus flechas envenenadas: ni siquiera eran capaces de vestir a Maja en condiciones.

–¡Vamos! ¡A comer tarta! –exclamó Patrik con un excelente sentido de la oportunidad, pues pareció haber notado la conveniencia de distraer la atención de lo que acababa de suceder. Erica se tragó el disgusto y todos se encaminaron a la sala de estar para proceder a la gran ceremonia de soplar las velas. Maja concitó toda su capacidad de concentración a fin de apagar la única vela de la tarta, pero no consiguió más que rociarla entera de saliva. Patrik le ayudó discretamente a apagar la vela y Maja aguardó solemne mientras le cantaban y la homenajeban al grito de «¡Hurra!». Las miradas de Patrik y Erica se cruzaron un instante. Ella tenía un nudo en la garganta y vio que Patrik también estaba emocionado por lo que significaba el momento. Un año. Su bebé había cumplido un año. Una niña que lo recorría todo con voluntad propia, que palmoteaba al oír la música inicial del programa infantil *Bolibompa*, que comía sola, que repartía los besos más chorreantes de todo el norte de Europa y que amaba todo lo que había en el mundo. Erica sonrió a Patrik. Y él le devolvió la sonrisa. En aquel instante, la vida era perfecta.

Mellberg suspiró con pesadumbre. Era algo que hacía a menudo últimamente. Suspirar. El golpe bajo de la pasada primavera aún le minaba el estado de ánimo. Pero no le extrañaba. Se había permitido perder el control, se había permitido sólo ser y sentir. Y eso se pagaba caro. Debería haberlo tenido presente. En realidad, podría decirse que se tenía bien merecido lo que le había ocurrido. Incluso podría considerarse que era un buen escarmiento. En fin, ya había aprendido la lección y

él no era de los que cometen dos veces el mismo error, eso por descontado.

—¿Bertil? —La voz de Annika resonó exigente desde la recepción. Con pericia y mano experta, Bertil Mellberg se recolocó el cabello que se le había resbalado de la coronilla y se levantó disgustado. No eran muchas las mujeres de las que aceptase órdenes, pero Annika Johansson pertenecía a ese reducido círculo exclusivo. Con los años incluso había llegado a abrigar por ella un respeto involuntario, y no era capaz de recordar una sola mujer de la que pudiera decir lo mismo. El fracaso con la agente nueva que llegó a trabajar en la comisaría la primavera anterior era buena prueba de ello, entre otras cosas. Y ahora les mandaban a otra mujer. Mellberg volvió a suspirar. Por qué era tan difícil que les enviaran a un hombre de uniforme... En cambio, se empeñaban en designar a una muchacha tras otra para sustituir a Ernst Lundgren. Desde luego, era lo que faltaba.

Un ladrido procedente de la recepción lo hizo fruncir el ceño. ¿Se habría llevado Annika al trabajo a alguno de sus animales? Sabía muy bien cuál era su opinión sobre los chuchos. Tendría que hablar con ella muy en serio.

Pero no era ninguno de los labradores de Annika quien los visitaba en la comisaría, sino un chucho sarnoso de color y raza indefinidos que tiraba de la correa que sujetaba una mujer menuda de pelo oscuro.

—Lo he encontrado ahí fuera —explicó la señora con un marcado acento de Estocolmo.

—Ajá. ¿Y qué hace aquí dentro, entonces? —preguntó Bertil irritado antes de darse media vuelta con la intención de volver a su despacho.

—Te presento a Paula Morales —se apresuró a intervenir Annika, a lo que Bertil se volvió de nuevo. Claro, joder. La chica que se incorporaba tenía un nombre que sonaba español. Pero, demonios, qué poca cosa era. Bajita y enclenque. Sin embargo, la mirada que le estaba clavando a Mellberg era indicio de cualquier cosa menos de fragilidad. La mujer le tendió la mano para saludarlo.

–Encantada. El perro andaba correteando solo ahí fuera. A juzgar por su aspecto, no tiene dueño. O al menos, no un dueño capaz de cuidarlo.

Dio aquella explicación en tono conminatorio, y Bertil se preguntó adónde querría ir a parar. Y en tono inquisitivo le dijo:

–Pues... podrías dejarlo en algún sitio, ¿no?

–Aquí no existe ningún refugio para perros abandonados. Annika me ha informado de ello.

–¿Que no existe? –repitió Mellberg.

Annika negó con la cabeza.

–Bueno, pues, entonces... Entonces tendrás que llevártelo a tu casa –propuso intentando espantar al perro, que se le había pegado a la pierna. Pero el animal ignoró su gesto y, con toda tranquilidad, se sentó encima del pie derecho de Mellberg.

–No puede ser. Ya tenemos un perro en casa y no le gusta la compañía –respondió Paula tranquilamente con la misma mirada penetrante.

–Pero, y tú, Annika, este perro podría... convivir con tus chuchos, ¿no? –preguntó Mellberg con un tono cada vez más resignado. ¿Por qué tendría que andar siempre resolviendo ese tipo de minucias? Después de todo, ¡él era el jefe!

Pero Annika negó haciendo un gesto vehemente con la cabeza.

–Los míos están acostumbrados a estar solos. Si me lo llevara a casa, no funcionaría.

–Tendrás que llevártelo tú –decidió Paula tendiéndole la correa. Presa del mayor asombro al ver el descaro de la mujer, Mellberg se vio cogiendo la correa; y el perro respondió pegándose aún más contra su pierna y gimiendo, por si fuera poco.

–Ya ves, le gustas.

–Pero yo no puedo... No tengo... –Mellberg balbucía, incapaz de encontrar una respuesta adecuada, por una vez en la vida.

–Tú no tienes ningún otro animal en casa. Y te prometo que preguntaré por si alguien lo echa de menos. De lo contrario, podemos intentar encontrar a alguien que quiera hacerse

cargo de él. No podemos dejarlo suelto otra vez, podrían atropellarlo.

Muy en contra de su voluntad, Mellberg notó que lo conmovía la súplica de Annika. Miró al perro. El perro lo miró a él. Con una mirada llorosa, implorante.

—Bueno, vale, qué carajo, pues nada, me llevo al maldito perro, si tanto jaleo se va a armar por eso. Pero sólo por un par de días. Y tendrás que lavarlo antes de que me lo lleve a casa —advirtió agitando el dedo índice y mirando a Annika, que sintió un alivio manifiesto.

—Le daré una ducha aquí mismo, en la comisaría, no te preocupes por eso —le respondió vehemente, antes de añadir—: Mil gracias, Bertil.

Mellberg dejó escapar un gruñido.

—Tú procura que el chucho brille como los chorros del oro la próxima vez que yo lo vea. ¡De lo contrario, no cruzará el umbral de mi puerta!

Dicho esto, se encaminó furibundo hacia el pasillo y cerró de golpe la puerta de su despacho.

Annika y Paula intercambiaron una sonrisa cómplice. El animal gimoteó golpeando alegremente el suelo con el rabo.

—**B**ueno, pues a pasarlo bien. —Erica se despidió de Maja, que no le hizo el menor caso, sentada como estaba en el suelo, delante de la tele y viendo los Teletubbies.

—Vamos a estar muy a gusto —aseguró Patrik antes de darle un beso a Erica—. La pequeña y yo nos las arreglaremos perfectamente los próximos meses.

—Por cómo lo dices, cualquiera pensaría que me voy a surcar los siete mares —dijo Erica riendo—. Por lo pronto, bajaré para la hora del almuerzo.

—¿Tú crees que funcionará eso de quedarte a trabajar en casa?

—Probaremos, a ver qué tal. Tendrás que hacerte a la idea de que no estoy aquí.

—No hay inconveniente. En cuanto cierres la puerta del despacho, habrás dejado de existir para mí —aseguró Patrik con un guiño.

—Ummm... Ya veremos —respondió Erica antes de alejarse escaleras arriba—. Pero, desde luego, merece la pena intentarlo, así no tendré que buscarme una oficina.

Una vez en la primera planta, entró en el despacho y cerró la puerta embargada de sentimientos encontrados. Se había pasado un año entero en casa con Maja. Y buena parte de su conciencia había añorado aquel día, el día en que pudiera pasarle el testigo a Patrik. Y dedicarse de nuevo a las tareas propias de un adulto. Estaba tan harta de parques y columpios, de cajones de arena y de programas infantiles... Tenía que admitirlo: conseguir el molde de arena perfecto no bastaba como estímulo intelectual y, por mucho que quisiera a su hija, terminaría tirándose de los pelos si se veía obligada a cantar *Imse vimse spindel** una vez más. Había llegado el momento de que Patrik se encargara de ese negociado.

Erica se sentó con gesto solemne delante del ordenador, pulsó el botón de encendido y oyó con satisfacción el ronroneo que tan bien conocía. La fecha de entrega de su nuevo libro sobre casos reales de asesinato era febrero, pero había tenido tiempo de investigar un poco durante el verano, de modo que se sentía en forma para empezar. Inició Word, abrió el documento que había titulado *Elias*, que era el nombre de la primera víctima del asesino, y colocó los dedos correctamente sobre el teclado. Unos tímidos golpecitos en la puerta vinieron a interrumpirla.

—Verás, perdona que te moleste —dijo Patrik con expresión de disculpa—, pero ¿dónde has puesto el mono de Maja?

—Está en la secadora.

Patrik asintió y cerró la puerta.

Una vez más, Erica colocó los dedos sobre el teclado y respiró hondo. Otra vez los golpecitos.

* Típica canción infantil sueca. (*N. de la T.*)

—Perdona otra vez, te dejaré en paz enseguida, pero tenía que preguntarte, ¿qué ropa crees que tengo que ponerle a Maja hoy? Hace bastante frío, pero, por otro lado, suele sudar mucho cuando juega, y claro, así es fácil resfriarse... —se excusó Patrik con una sonrisa bobalicona.

—Ponle una camiseta y unos pantalones finos debajo del mono. Y yo suelo ponerle el gorro de algodón, de lo contrario, pasa mucho calor.

—Gracias —dijo Patrik antes de cerrar la puerta de nuevo. Erica estaba a punto de empezar a escribir el primer renglón cuando oyó un berrido procedente de la planta baja. Los gritos iban *in crescendo* y, dos minutos después, empujó la silla con un suspiro y bajó la escalera.

—Espera, ya te ayudo. Últimamente está muy rebelde para dejarse vestir.

—Y que lo digas, ya me he dado cuenta —respondió Patrik, con la frente empapada de sudor; se había puesto la ropa de abrigo antes de emprender la lucha con una iracunda y forzada Maja.

Cinco minutos después su hija estaba muy enojada, sin duda, pero al menos totalmente lista para salir, y Erica les dio un beso en la boca a cada uno antes de animarlos enérgicamente a salir por la puerta.

—Anda, dad ahora un buen paseo para que mamá pueda trabajar tranquilamente —le dijo a Patrik, que la miró molesto.

—Ya, bueno, perdona que... en fin, perdona, pero me llevará un par de días conocer todos los trucos, luego tendrás la tranquilidad que necesitas, te lo prometo.

—No te preocupes —contestó Erica, cerrando la puerta con decisión. Después de servirse una buena taza de café, subió de nuevo al despacho. Por fin podría empezar.

—¡Calla! ¡No hagas tanto ruido, joder!

—Bah, qué coño, según mi madre, los dos parecen estar de viaje. Llevan todo el verano sin recoger el correo, se ve que se

les olvidó preverlo, pero ella se ha encargado de limpiar el buzón, desde junio. Así que tranquilo, podemos hacer todo el ruido que queramos. —Mattias se echó a reír, pero Adam seguía mostrándose escéptico. Aquella vieja casa tenía algo de espeluznante. Al igual que los viejos tenían algo de espeluznante. Mattias podía decir lo que quisiera, él pensaba andarse con todo el cuidado del mundo.

—¿Y cómo vamos a entrar? —Odiaba que se le notase el miedo en la voz por su tono quejumbroso, pero no podía evitarlo. A menudo deseaba parecerse un poco más a Mattias: valiente, osado, a veces rayano en lo temerario. Y, claro, también era él quien se llevaba a todas las chicas.

—Ya encontraremos el modo. Al final siempre se puede entrar en todos los sitios.

—Ya, claro, y lo puedes afirmar gracias a tu dilatada experiencia en robos, ¿no? —preguntó Adam entre risas, aunque procurando no subir la voz.

—Oye, que yo he hecho montones de cosas de las que tú no tienes ni idea —le contestó Mattias altanero.

«Sí, estupendo...», pensó Adam, aunque no se atrevió a contradecirlo. Mattias tenía en ocasiones una necesidad imperiosa de aparentar ser más gallito de lo que era, y sólo era cuestión de dejarlo. Adam lo conocía lo bastante como para no enzarzarse en una discusión con él.

—¿Qué crees que tiene ahí dentro? —preguntó Mattias con un destello en los ojos mientras rodeaban la casa de puntillas, en busca de una ventana o una puerta, algo que les permitiese salvar su impenetrabilidad.

—No lo sé. —Adam miraba angustiado a su alrededor. Cuantos más minutos pasaban, menos le gustaba aquello.

—Quizá un montón de cosas chulas de los nazis. Imagínate si tiene uniformes y cosas así. —No cabía malinterpretar el entusiasmo en la voz de Mattias. Desde que hicieron aquel trabajo escolar sobre las SS, andaba como obsesionado. Leía cuanto caía en sus manos sobre la Segunda Guerra Mundial y el nazismo, y el vecino del final de la calle, del que todo el mundo

sabía que era experto en temas de Alemania y los nazis, se había convertido para él en una tentación irresistible.

—Puede que en casa no tenga nada de eso —apuntó Adam en un intento por argumentar en contra, aunque sabía de antemano que estaba condenado al fracaso—. Mi padre me dijo que fue profesor de historia hasta que se jubiló, y seguro que sólo tiene un montón de libros y eso. No tiene por qué haber ni rastro de cosas chulas.

—Pronto lo veremos. —Los ojos de Mattias brillaron cuando señaló victorioso una ventana que había en una de las fachadas laterales—. ¡Mira, ahí hay una ventana entreabierta!

Adam constató con espanto que Mattias tenía razón. Él había deseado en secreto que la casa resultase inaccesible.

—Necesitamos algo con que abrirla un poco más. —Mattias buscaba a su alrededor. El listón roto de una ventana, que ahora veían en el suelo, les dio la solución.

—Vale, y ahora vamos a ver. —Con precisión quirúrgica, se estiró hasta alcanzar la ventana e introdujo un extremo del listón por una de las esquinas. Y tiró hacia fuera. Pero la ventana no se movió. Estaba fija—. ¡Joder! Tiene que funcionar. —Con la lengua asomando por la comisura de los labios, volvió a intentarlo. Sujetar el listón por encima de su cabeza y tratar de hacer palanca le suponía un gran esfuerzo, y el muchacho jadeaba con ritmo irregular. Finalmente, logró introducir el listón algún centímetro más.

—¡Verán que hemos forzado la ventana para entrar! —protestó Adam con voz endeble, pero Mattias no pareció oírlo.

—¡Ahora sí que voy a abrir la puta ventana! —Con las sienes empapadas de sudor, volvió a empujar hasta que la ventana se abrió.

—¡Yes! —Mattias cerró el puño con gesto triunfal y se volvió a Adam entusiasmado.

—Ayúdame a subir.

—Pero... puede que haya algo a lo que subirse, una escalera o...

—Venga, joder, súbeme y luego yo tiro de ti.

Adam se colocó obediente contra la pared y cruzó las manos para aupar a Mattias. El zapato de su amigo se le clavó en la palma de la mano y le dibujó en la cara una expresión de dolor, pero se aguantó y empujó hacia arriba al tiempo que Mattias tomaba impulso.

Mattias logró agarrarse al alféizar de la ventana y subir apoyándose en el marco, primero con un pie y luego con el otro. Arrugó la nariz. Joder, qué olor. Allí apestaba de verdad. Apartó el estor y entrecerró los ojos en un intento por divisar algo. Le dio la impresión de haber ido a dar con la biblioteca, pero todos los estores estaban bajados, de modo que la sala aparecía envuelta en tinieblas.

—Oye, aquí dentro huele a rayos —dijo tapándose la nariz y volviéndose a medias hacia Adam, que seguía fuera.

—Pues entonces mejor pasamos —sugirió Adam desde abajo con un destello esperanzado en los ojos.

—¡De eso nada! Ahora que lo hemos conseguido. ¡Ahora es cuando empieza lo bueno! Venga, agárrate a mi mano.

Mattias se soltó la nariz y se cogió del marco de la ventana mientras le tendía a Adam la mano derecha.

—¿Podrás conmigo?

—Pues claro que sí. Venga, vamos. —Adam le cogió la mano y Mattias tiró con todas sus fuerzas. Por un instante, tuvieron la impresión de que aquello era misión imposible, pero Adam se agarró al alféizar y Mattias saltó al interior de la habitación para dejarle espacio. Cuando puso los pies en el suelo, algo crujió con un sonido raro. Miró al suelo. Estaba cubierto de una cosa extraña, pero la penumbra le impedía distinguir qué era. Hojas secas, seguro.

—¡Qué coño! —protestó Adam cuando saltó al suelo, aunque tampoco él pudo identificar qué causaba aquel crujido—. Joder, cómo apesta esto —añadió como si el aire viciado lo estuviese ahogando.

—Ya te lo he dicho —declaró Mattias en tono alegre. Había empezado a acostumbrarse al olor, que ya no le resultaba tan molesto.

—Venga, vamos a ver qué tiene el viejo aquí de interesante. Sube el estor.

—Pero ¿y si alguien nos ve?

—¿Y quién coño iba a vernos? Anda, sube el estor de una puta vez.

Adam obedeció. El estor subió con un silbido y una luz chillona invadió la habitación.

—Una habitación muy chula —opinó Mattias observando admirado a su alrededor. Toda la sala estaba cubierta de estanterías hasta el techo. En un rincón había dos sillones de piel agrupados en torno a una mesita redonda. En el otro extremo destacaba un escritorio enorme y la silla de despacho antigua estaba medio girada y les daba la espalda. Adam dio un paso al frente, pero el crujido lo hizo mirar al suelo otra vez. En esta ocasión, ambos vieron qué era lo que estaban pisando.

—¡Qué coño...! —El suelo estaba cubierto de moscas. Moscas negras, repugnantes moscas muertas. También en el alféizar había montones de moscas, y tanto Adam como Mattias se limpiaron las palmas de las manos en los pantalones de forma instintiva.

—Joder, qué asco. —Mattias exhibió una mueca elocuente.

—¿De dónde habrán salido tantas moscas? —Adam miraba el suelo con asombro. Luego su cerebro adoctrinado en las técnicas del *CSI* estableció una desagradable conexión. Moscas muertas. Olor repugnante. Desechó la idea, pero su mirada se dirigió implacable hacia la silla vuelta de espaldas.

—¿Mattias?

—¿Sí? —respondió el otro con irritación en la voz mientras, asqueado, intentaba encontrar un lugar en el que poner los pies sin tener que pisar un montón de cadáveres de moscas.

Adam no respondió, sino que se dirigió despacio hacia la silla. Una parte de él le gritaba que volviese atrás, que saliera por donde había llegado y que corriese hasta no poder más. Sin embargo, le pudo la curiosidad; era como si los pies, con voluntad propia, lo llevasen hasta la silla.

—Sí, ¿qué pasa? —repitió Mattias. Pero al ver el paso tenso y expectante de Adam, dejó de insistir.

Adam se hallaba aún a casi medio metro de la silla cuando extendió la mano. La vio temblar ligeramente. Despacio, muy despacio, milímetro a milímetro, la llevó hasta el respaldo. En la habitación sólo se oía el crujido que sus pies provocaban al caminar. Notó en las yemas el frescor de la piel de la silla. Aumentó la presión. Empujó la silla hacia la izquierda y esta empezó a girar hacia él. Dio un paso atrás. Muy lentamente, la silla terminó de girar y poco a poco fueron viendo lo que había. Adam oyó vomitar a Mattias a su espalda.

Un par de ojos grandes y lacrimosos seguían el menor de sus movimientos. Mellberg intentaba no hacerle caso, pero con éxito irregular. El perro estaba como clavado a su derecha y lo miraba con adoración. Al final, Mellberg se ablandó. Abrió el último cajón del escritorio, sacó una bola de coco y la arrojó al suelo, delante del chucho. Dos segundos más tarde, la bola había desaparecido y, por un instante, Mellberg pensó que el perro le sonreía. Figuraciones suyas, seguro. Al menos ya estaba limpio. Annika había hecho un buen trabajo lavándolo en la ducha con champú. Aun así, a Bertil le resultó un tanto desagradable despertarse aquella mañana y descubrir que, durante la noche, el perro se había metido en la cama y se había tumbado a su lado. No creía que el jabón acabase con las pulgas y otros bichos. ¿Y si tenía el pelaje lleno de pequeños insectos que ahora estuviesen relamiéndose al pensar en abalanzarse sobre la extensa humanidad de Mellberg? Sin embargo, su concienzudo examen previo no había revelado ninguna forma de vida entre los pelos, y Annika le dio su palabra de honor de que no había descubierto pulga alguna cuando lo lavó. Como quiera que fuese, ¡qué coño iba a dormir el perro en la cama! Hasta ahí podíamos llegar.

—Bueno, a ver, ¿qué nombre te pongo? —preguntó Mellberg, que enseguida se sintió estúpido al verse interpelando a un cuadrúpedo. Claro que el chucho necesitaba un nombre. Caviló

mirando a su alrededor en busca de algo que le diese una pista, pero sólo le venían a la cabeza absurdos nombres de perro: *Fido*, *Ludde*... No, aquello no era gran cosa. Pero entonces rompió a reír. Acababa de ocurrírsele una idea brillante. En honor a la verdad, Mellberg echaba de menos a Lundgren, no mucho, pero algo, después de todo, desde que se vio obligado a despedirlo. Así que, ¿por qué no llamar al perro *Ernst*? Ese gesto revelaba cierto sentido del humor. Volvió a soltar una risotada.

—*Ernst*, ¿qué te parece a ti, muchacho? Funciona, ¿verdad? —Volvió a abrir el cajón y sacó otra bola de coco. Por supuesto que *Ernst* se merecía una bola de coco. Si el perro se ponía gordo, no era problema suyo. Al cabo de un par de días, Annika le habría encontrado algún lugar apropiado donde deshacerse de él y no tenía la menor importancia si el animal se comía unas cuantas bolas de coco hasta que llegase ese momento.

El estridente sonido del timbre del teléfono los hizo dar un respingo a los dos.

—Aquí Bertil Mellberg. —En un primer momento, no oyó bien lo que decía la voz por el auricular, sólo distinguió un parloteo aturullado e histérico.

—Perdona, tendrás que hablar más despacio. No entiendo lo que dices. —Escuchó con atención a la persona que llamaba y, cuando por fin comprendió, enarcó las cejas atónito.

—¿Has dicho un cadáver? —Se irguió en la silla. El chuchó, que ahora se llamaba *Ernst*, se sentó muy derecho él también y empinó las orejas. Mellberg anotó una dirección en el bloc que tenía delante, concluyó la conversación con la orden «vosotros no os mováis de ahí», y se levantó de la silla de un salto. *Ernst* lo seguía pisándole los talones.

—Quédate ahí. —La voz de Mellberg resonó con insólita autoridad y, ante su sorpresa, comprobó que el perro se paraba en seco como aguardando instrucciones—. ¡Quieto! —ordenó Mellberg tanteando el terreno, al tiempo que señalaba la cesta que Annika había preparado para el chuchó en un rincón de su despacho. *Ernst* obedeció de mala gana, fue remoloneando hasta la

cesta y se tumbó descansando la cabeza sobre las patas con una mirada ofendida hacia su amo provisional. Bertil Mellberg se sintió extrañamente satisfecho con el hecho de que alguien, por una vez en la vida, obedeciese sus órdenes, y alentado por aquel ejercicio de autoridad, cruzó el pasillo a buen paso mientras gritaba a nadie y a todos al mismo tiempo:

—Han denunciado el hallazgo de un cadáver.

Por tres de las puertas asomaron otras tantas cabezas, una, de color rojo, la de Martin Molin; otra, gris, la de Gösta Flygare, y una tercera, negra como la noche, la de Paula Morales.

—¿Un cadáver? —preguntó Martin, saliendo el primero al pasillo. También Annika se encaminó al pasillo al oír la noticia desde recepción.

—Un adolescente acaba de llamar para denunciarlo. Se ve que estaban aburridos y se han metido en una casa situada entre Fjällbacka y Hamburgsund. Y resultó que en la casa había un cadáver.

—¿El dueño de la casa? —preguntó Gösta.

Mellberg se encogió de hombros.

—No sé más. Les dije a los chicos que no se moviesen de allí, salimos ahora mismo. Martin, Paula y tú cogereis uno de los coches, y Gösta y yo iremos en el otro.

—¿No deberíamos llamar a Patrik...? —intervino Gösta con prudencia.

—¿Quién es Patrik? —preguntó Paula mirando a Gösta y a Mellberg alternativamente.

—Patrik Hedström —aclaró Martin—. También trabaja aquí, pero está de baja paternal desde hoy mismo.

—Para qué coño vamos a llamar a Hedström —resopló Mellberg ofendido—. Ya estoy yo aquí —añadió engraido antes de encaminar sus pasos hacia el garaje a toda velocidad.

—¡Yupiiiiii! —susurró Martin para que Mellberg no lo oyese. Paula enarcó una ceja con expresión inquisitiva—. Eh... Bah, olvídale —le aconsejó Martin como excusándose, aunque no pudo por menos de añadir—: Ya lo comprenderás, en su momento.

Paula parecía aún algo confundida, pero no siguió preguntando. Poco a poco iría comprendiendo la dinámica de su nuevo lugar de trabajo.

Erica dejó escapar un suspiro. En la casa reinaba ahora el silencio. Demasiado silencio. Durante todo un año, sus oídos se habían acostumbrado a estar atentos a cada pequeño gemido, al siguiente llanto. Ahora sólo había un silencio total, de desierto. El cursor parpadeaba en la primera línea del documento. Ni un solo carácter había conseguido plasmar en la media hora que llevaba ante el ordenador. Tenía el cerebro como dormido, sencillamente. Hojeó sus notas y los artículos que había fotocopiado en verano. Tras varios intentos por vía epistolar, logró por fin una cita con el protagonista del caso, con la asesina; la recibiría, pero no hasta dentro de tres semanas. De modo que, entre tanto, tendría que conformarse con trabajar partiendo del material de archivo. El problema era que no se le ocurría nada. Las palabras se resistían a colocarse en su lugar y empezaba a embargarla la duda. La misma duda a la que todo escritor debía enfrentarse siempre. ¿No quedaban ya palabras? ¿Habría escrito ya su última frase? ¿Habría cubierto su cupo? ¿No anidarían ya más libros en su interior? La lógica le decía que se sentía igual casi siempre que iba a comenzar un nuevo libro, pero esta certeza no suponía ningún consuelo. Era como una tortura, un proceso que tenía que sufrir con cada nuevo trabajo. Algo parecido a un parto. Aun así aquel día todo iba inusitadamente lento. Con gesto ausente, se metió en la boca un caramelo Dumle para consolarse. Miró de reojo los diarios de color azul que tenía en el escritorio, junto al ordenador. La letra fluida de su madre atraía su atención. Se debatía entre el miedo a acercarse a lo que su madre había escrito y la curiosidad de lo que podría encontrar en aquellos diarios. Muy despacio, extendió el brazo y cogió el primero de ellos. Lo sopesó en la palma de la mano. Era bastante fino. Como los libros de dibujo que se usaban para el colegio en primaria, más o menos. Erica pasó los dedos por la

portada. El nombre estaba escrito con tinta, pero el paso de los años había desvaído considerablemente el color azul. «Elsy Moström» era el nombre de soltera de su madre. Tomó el apellido Falck cuando se casó con su padre. Lentamente, Erica abrió el diario. Era un cuaderno de rayas marcadas con finas líneas azules. En el encabezado se leía una fecha, «3 de septiembre de 1943». Leyó el primer renglón:

«¿Es que no va a acabar nunca esta guerra?».